

Introducción a la semana

A lo largo de estos siete días, la carta a los Filipenses desplegará para nosotros sus mejores esencias. Escucharemos llamadas a la unidad, a coincidir todos en Cristo Jesús, el que por despojarse de su rango y pasar por uno de tantos es el 'Nombre sobre todo Nombre'. Él es la causa de nuestra alegría, y en Él radica nuestra gloria hasta el punto que, para Pablo, todo es pérdida si con Él se compara. Somos ciudadanos del cielo y amigos de quien es capaz de cambiar nuestra condición: Cristo, el Señor, el que mejor nos conforta. El evangelio abre con una sencilla llamada a la generosidad, seguida de una convocatoria a toda la rosa de los vientos para entrar en el Reino, para cuyo servicio se nos requiere muy ligeros de equipaje. Reaparecen las críticas a Jesús por acoger a pecadores y comer con ellos, así como la amarga constatación de Jesús al afirmar que los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz (¿y por qué no al revés?)

Lun

31

Oct

2016

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Cuando des un banquete, invita a los pobres”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 2,1-4:

Hermanos:

Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir.

No obréis por rivalidad ni por ostentación, considerando por la humildad a los demás superiores a vosotros. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás.

Salmo de hoy

Salmo 130,1.2.3 R/. Guarda mi alma en la paz junto a ti, Señor

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad. R/.

Sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre;
como un niño saciado
así está mi alma dentro de mí. R/.

Espera Israel en el Señor
ahora y por siempre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 14,12-14

En aquel tiempo, Jesús dijo a uno a de los principales fariseos que lo había invitado:

«Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos; porque corresponderán invitándote, y quedarás pagado.

Quando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos».

Reflexión del Evangelio de hoy

«Tenéis entrañas compasivas»

Precediendo al himno de Jesús, siervo de Dios, San Pablo exhorta a la radicalidad del amor como eje fundamental de toda comunidad cristiana. No basta con saberlo, sino que hay que asumirlo libremente. Sólo así la comunidad podrá celebrar la alegría de la fe. Sólo así se podrá querer de corazón al hermano con verdaderas entrañas de misericordia. Y es que el amor, que viene de Dios, es mucho más que un valor moral. Es la actitud de vida de Jesús, una actitud de humildad y reconocimiento que disipa nuestras rivalidades y egos.

«Dichoso tú porque no pueden pagarte »

El Evangelio que se nos propone muestra quiénes son los preferidos de Dios para entrar en el Reino: las personas humildes de corazón y las que experimentan la pobreza y la exclusión. Se trata de toda una inversión de los valores de este mundo. Lo que Jesús anuncia es la propia actitud de Dios para con nosotros los hombres. Dios es Amor y nos invita al Amor desde nuestro propio corazón abierto y compasivo. Es hora ya de acabar con los cumplimientos morales farisaicos e ir al encuentro compasivo con los descartados de este mundo e invitarles a compartir nuestra mesa y vida. «Dichoso tú porque no podrán pagarte.»

- ¿Qué falta en nuestras comunidades para poder experimentar el amor que tanto predicamos?
- ¿Vivo de corazón las obras de misericordia o los considero sólo preceptos morales?
- ¿Quiénes son hoy los descartados, los pobres, que nos habla el Evangelio? ¿Los invitaríamos a nuestra mesa?



D. Carlos José Romero Mensaque, O.P.
Fraternidad “Amigos de Dios” de Bormujos (Sevilla)

Mar
1 Nov

Homilía de Todos los Santos

Año litúrgico 2015 - 2016 - (Ciclo C)

“Ahora somos hijos de Dios ”

Introducción

Al menos en estas tierras, el Día de Todos Los Santos, aún siendo mayor su importancia litúrgica y su carácter festivo, queda bastante eclipsado por el siguiente, el de Difuntos. Las gentes -creyentes o no- ocupan la fiesta en acudir a los cementerios para honrar a los suyos: limpiar los nichos, adecentar las lápidas, poner flores. Quienes se dedican a su venta hacen el agosto en noviembre pero lo peor es que una fiesta tan especial, en la que celebramos a quienes pasaron por la tierra y fueron considerados por la Iglesia seres excepcionales pasa totalmente desapercibida y ¡menuda desgracia!, ha sido teñida de un baño de dolor, tristeza y muerte.

Queremos reivindicar la celebración del día de Todos Los Santos como lo que es, la gran fiesta de todos y todas nuestros predecesores que pasaron por esta tierra como Jesús, predicando y haciendo el bien. Como veremos, no se trata sólo de un bien moral, sino de un bien de carácter ético, hacia quienes les rodeaban, un buen político, transformador. Nuestros santas y santas, a pesar de las evidencias, dejaron el mundo mejor de lo que se lo encontraron y eso es motivo, claro que sí, de hacer una gran fiesta.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 7, 2-4. 9-14

Yo, Juan, vi a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar diciéndoles: «No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios». Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel. Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!». Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado

y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Salmo

Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6 R/. Esta es la generación que busca tu rostro, Señor.

Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes: él la fundó sobre los mares, él la afianzó sobre los ríos. R/. ¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro? El hombre de manos inocentes y puro corazón, que no confía en los ídolos. R/. Ese recibirá la bendición del Señor, le hará justicia el Dios de salvación. Este es el grupo que busca al Señor, que busca tu rostro, Dios de Jacob. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-3

Queridos hermanos: Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 1-12a

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; y, abriendo su boca, les enseñaba diciendo: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Pautas para la homilía

"De toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas"

Esta es la definición de la fiesta de hoy. Personas de toda nación, raza -hoy decimos etnia, que raza, solo hay una, la humana-, pueblo y lengua. Porque si algo debería identificar a quienes seguimos a Jesús de Nazaret es eso, que venimos de todas partes y hablamos distintas lenguas pero todos nos identificamos como hijos e hijas del mismo Dios, Padre y Madre y por tanto, hermanos y hermanas. Y como decía Pablo, "no hay hombre ni mujer, esclavo ni libre, judío ni romano" porque nos sentimos y somos uno, iguales en la diversidad.

"Están de pie, delante del trono y del Cordero". El trono es el lugar de la majestad, del reinado, de la gloria. Nuestro Dios lo es sobre todas las cosas y todos los seres, y por eso es nuestro rey. Pronto lo celebraremos así, como Rey del Universo. Pero es a la vez el Cordero sacrificado, el que se entregó en el servicio por la humanidad. Su divinidad se materializa en la entrega.

"Vestidos con vestiduras blancas" y más adelante dice el texto que "han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del cordero". Esa vestidura blanca que nos colocaron el día de nuestro bautismo nos reviste como otros Cristos, nos 'cristifica', es decir, nos hace como Él, o al menos, esa es nuestra misión. Porque lavamos nuestras ropas en su sangre, para parecernos a Él, nuestra misión es también ser servidores unos de los otros.

"Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos"

Y entonces, para qué más. Apenas necesitamos ser nada más si ya sabemos que somos hijos De Dios. Esa es nuestra gloria y nuestra recompensa y todo a lo que deberíamos aspirar.

Hemos optado, además, por hacer un reconocimiento especial a algunas personas que vivieron, decíamos, de manera excepcional su compromiso con el Reino de Dios. Su forma de estar en el mundo, su manera de acercarse a los más pobres, su estilo de hablar de Dios o con Él, ha hecho a estos seres merecedores de una gloria especial. Pero no lo olvidemos, su gloria fue haber sido revestido de Cristo y ser capaz de reproducir, de alguna forma, su paso por esta tierra.

"¿Quién puede subir al monte del Señor?"

Las lecturas de hoy están llenas de preguntas aunque parece que la respuesta sea siempre la misma. "¿Quién puede subir al monte del Señor? ¿Quién puede estar en el recinto sacro?". "¿Quiénes son y de dónde han venido?"...

La respuesta, la conocemos: "El hombre de manos inocentes y puro corazón...", los que "han lavado y blanqueado", y cómo no, los bienaventurados, los felices. Porque si alguien ha comprendido la verdadera naturaleza de la vida cristiana son aquellos que dedicaron y dedican su vida a ser pobres de espíritu, misericordiosos, trabajar por la Paz.... Ni siquiera han necesitado llegar al cielo para obtener su recompensa: a su alrededor ha ido creciendo y desarrollándose el Reino de Dios, así que ya vivían esa felicidad prometida por Jesús en uno de sus sermones más conocidos.

Demasiadas veces también hemos identificado las bienaventuranzas con lo triste: llorar, sufrir, tener hambre y sed, ser perseguidos... Y se nos ha olvidado recordar que lo que se nos promete en ese texto es la alegría total, la dicha definitiva de ser capaces de construir entre todos y todas un mundo nuevo, un Reino donde celebrar cada día que somos hijos e hijas de un mismo Padre y hermanos y hermanas.



Comunidad El Levantazo
Valencia

Evangelio para niños

Solemnidad de Todos los Santos - 1 de noviembre de 2016

Las bienaventuranzas

Mateo 5, 1-12a

Evangelio

En aquel tiempo, al ver Jesús el gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron los discípulos; y él se puso a hablar enseñándolos: - Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

Explicación

En esta fiesta recordamos a todas las personas que desde el comienzo del mundo hasta hoy, han vivido con amor y cariño para todos, esforzándose por hacer felices a los demás. Esos son los amigos de Dios. Y le damos gracias a Dios en este día por todo el bien que a través de ellos hemos recibido. Ahora viven felices al lado de Dios Padre y nos esperan para reunirse con ellos.

Miércoles

2

Noviembre

2016

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario](#)

Hoy celebramos: **Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)**

“No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí ”

Primera lectura

Lectura del libro de Job 19,1.23-27a:

Respondió Job a sus amigos: «¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzaré sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán.»

Salmo de hoy

Salmo 24 R/. A ti, Señor, levanto mi alma

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas

y perdona todos mis pecados. R/.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3,20-21

Hermanos: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 14, 1-7

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios: creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho; porque voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo estéis también vosotros. Y adonde yo voy sabéis el camino».

Le dice Tomás: «Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?». Le dice Jesús: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora lo conocéis y lo habéis visto».

Reflexión del Evangelio de hoy

Vida y Muerte

Se suele decir que no sabemos de dónde venimos al nacer ni a dónde vamos al morir. Pero resulta que por más libros que existen sobre la persona humana, tampoco conocemos con precisión la vida, aquello que sucede entre el nacer y el morir. Pero, al menos sobre la vida, hay avances, en todos los campos se hacen descubrimientos, y se sigue investigando apasionadamente.

La muerte es otra cosa. Sabemos bastante sobre el morir, pero la muerte se nos resiste. Algo parece que se va sabiendo sobre la “muerte clínica”, pues algunos muertos solamente de esta forma pudieron ser reanimados y han podido contar su experiencia. Pero, nos referimos a la “muerte biológica”, la definitiva, la completa; una vez traspasado el gran portal, nadie ha vuelto para contarnos lo que vieron, lo que hay en el otro lado.

Hoy conmemoramos a los que ya han dado el salto, a todos los fieles difuntos; a los que conocimos y cuya vida significó mucho para nosotros, y a los que no conocimos pero fueron compañeros de vida y de viaje, y ya llegaron. Al hacerlo, asumimos nuestra condición humana y todo lo que entraña. Y nuestro recuerdo es agradecido, a Dios porque les permitió compartir nuestra vida y a ellos, porque, en conjunto, nos han preparado un mundo más humano donde llevar una vida digna, a veces más que la suya. Y lo hacemos pidiendo a Dios, nuestro buen Padre, por ellos y por nosotros.

Muerte y Vida

¿Qué nos podría decir Jesús en una conmemoración como ésta? Creo que todo el Evangelio, en particular la vida, actitudes y valores de Jesús, es y son la mejor respuesta a esta pregunta. No obstante, dejadme insistir en dos direcciones:

En primer lugar se dirigiría a nosotros: “Hacéis bien en recordar a vuestros hermanos; hacéis bien en agradecer y dar gracias por su vida, y por la que Dios os concede a vosotros. Pero, ellos ya han llegado. Por mis palabras pudierais intuir, como si, al llegar, os hubieran llamado por teléfono para decir que el viaje se realizó según lo previsto y que todo está bien, según lo prometido. Por tanto, tranquilos. Pero, ahora los importantes sois vosotros, los que estáis de camino, los que todavía no habéis llegado. Vivid una vida plena; vivid alegres, contentos, agradecidos. Dad siempre gracias por la vida, es lo más grande que tenéis y con la que prepararéis la otra, la eterna. Y, en vuestro agradecimiento, no seáis egoístas, pensad en todos los que, por la razón que sea, no son, no están, no piensan o no vibran como vosotros y a quienes podéis, con mucho respeto, ayudar.

Y, luego, cuando, como hoy, penséis en los ya se han ido, hacedlo, en la medida de lo posible, con paz, con confianza. No porque sepamos mucho de su nueva vida y condición, sino porque no debéis olvidar lo que os dije: ‘No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar’ (Jn 14,1-3).

Sin llegar a sentir que la muerte sea nuestro “dies natalis”, ¿prevalece el desasosiego y la duda o la confianza, incluso con dudas ante el misterio?
¿Cómo relacionarnos con los que se han ido? ¿Serviría hacerlo a través de Jesús, de María, orando y contemplando?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Hoy es: Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; ICo 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que da la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (IIch 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abraham y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; ICo 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir. Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios viviente. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.

Jue
3
Nov
2016

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **San Martín de Porres (3 de Noviembre)**

“La misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 3-8a

Hermanos:

Los circuncisos somos nosotros, los que damos culto en el Espíritu de Dios y ponemos nuestra gloria en Cristo Jesús, sin confiar en la carne. Aunque también yo tendría motivos para confiar en ella. Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable.

Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo. Más aún: todo lo considero pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.

Salmo de hoy

Salmo 104, 2-3. 4-5. 6-7 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas.
Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor. R/.

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro.
Recordad las maravillas que hizo,
sus prodigios, las sentencias de su boca. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-10

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola:

«¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”.

Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.

O ¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice:

“Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”.

Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

Reflexión del Evangelio de hoy

Confianza de San Pablo en Cristo

Pablo escribe a la iglesia en Filipos para animarlos a aceptar con gozo las pruebas que Dios permite que les suceda, y ayudarlos a amarse a otros.

En el texto de hoy, Pablo, nos expone el fundamento de la fe y exhorta a los filipenses a darse cuenta de que la salvación no la obtenemos por las obras que realizamos, aunque debemos poner de nuestra parte todo el empeño, como si solo dependiera de nuestro esfuerzo.

Pablo era todo lo que los judaizantes creían que era causa de su salvación: «israelita por nacimiento, circuncidado, de la tribu de Benjamín, hebreo, fariseo, perseguidor de la Iglesia, justo e irreprochable» pero, pasó de ser un respetable judío, a ser un apóstol perseguido, por una sola razón: por estar persuadido que Cristo es la Verdad, el Camino y la Vida, por ello: «todo lo que para mí era ganancia, lo consideré pérdida comparado con el conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor.»

Pablo confiaba en Cristo, no en lo que él hacía, por esto dejó a un lado las ventajas y méritos que “tenía” como fariseo: Cristo vale mucho más, sólo Él cuenta en la vida de Pablo, y también en la de todo cristiano, porque sólo Él nos conduce al Padre.

Pablo trabaja duro para ser, en verdad, discípulo de Cristo, quiere experimentar, volvamos a decirlo, las riquezas de Cristo, aunque suponga para él motivo de sufrimiento.

Dios nos ama

Con estas parábolas San Lucas quiere transmitirnos el gozo de Dios y de los bienaventurados ante el pecador que se convierte, que se había perdido y vuelve al hogar.

Jesús, sentado entre publicanos, (hombres que parecen muy alejados de Dios,) se nos muestra entrañablemente humano, buscando como manifestarles la misericordia de Dios Padre.

La batalla de Jesús contra el pecado y sus raíces más profundas, no le aleja del pecador. Muy al contrario, lo aproxima a los hombres, a cada hombre. Su vida es un constante acercamiento a quien necesita la salud del alma; hasta el punto que sus enemigos le dieron el título de “amigo de publicanos y pecadores”.

La predicación del Señor atraía por su sencillez y por sus exigencias de entrega y amor, ya que no vino a llamar a los justos, sino a los pecadores. Esta es la causa por la que se convirtió en signo de contradicción, porque se rodeaba de los sedientos de Dios, de los que estaban perdidos y buscaban al Buen Pastor, y, eran buscados por el Buen Pastor.

Nos llena de alegría inmensa saber que Dios siempre está buscándonos, aunque a veces sufrimos porque nos olvidamos de que Dios es:

- Nuestro Padre,
- El Buen Pastor,
- El que entrega su vida para que nosotros nos salvemos.
- Su amor es eterno.
- Nos lleva sobre sus hombros.
- Nos pide que vivamos en fraternidad, ayudándonos unos a otros.

Esta certeza hará que vivamos confiados en Dios, por tanto, con más seguridad en nuestra vida, enfrentaremos las dificultades con mayor serenidad, porque sabemos que Dios está con nosotros, y que con Él siempre existen posibilidades de salvación, por más extraviada que parezca nuestra existencia.



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio de Santa Catalina de Siena (Paterna)

San Martín de Porres

Patrono de la Justicia Social y primer santo mulato de América

San Martín de Porres nace en Lima el 9 de diciembre de 1579, hijo de Juan de Porres, caballero español de la Orden de Calatrava y de Ana Velázquez, negra libre panameña. Juan de Porres marcha a Guayaquil, Ecuador, comisionado por el Virrey Don García Hurtado de Mendoza. Allí reclama a sus dos hijos que salen para Ecuador. Años más tarde, Don Juan Porres es nombrado Gobernador de Panamá por lo que los niños, Martín y Juana, regresan con su madre a Lima; es el año 1590, Martín tiene once años. A los Doce Martín está de aprendiz de peluquero, y asistente dentista. La fama de su santidad corre de boca en boca por la ciudad de Lima.

San Martín de Porres conoce a Fray Juan de Lorenzana, famoso dominico como teólogo y hombre de virtudes. Le invita a entrar en el Convento de Nuestra Señora del Rosario.

La legislación de entonces impedía ser religioso por el color y por la raza, por lo que Martín de Porres ingresa como Donado, pero él se entrega a Dios y su vida está presidida por el servicio, la humildad, la obediencia y un amor sin medida.

Fray Escoba

San Martín tiene un sueño que Dios le desbarata: "Pasar desapercibido y ser el último". Su anhelo es seguir a Jesús de Nazaret. Se le confía la limpieza de la casa; su escoba será, con la cruz, la gran compañera de su vida.

Sirve y atiende a todos, pero no es de todos comprendido. Un día cortaba el pelo y hacía el cerquillo a un estudiante: éste molesto ante la mejor sonrisa de Fray Martín, no duda en insultarle: ¡Perro mulato! ¡Hipócrita! La respuesta fue una generosa sonrisa.

San Martín lleva dos años en el convento, hace ya seis que no ve a su padre, éste le visita y... después de dialogar con el P. Provincial, éste y el Consejo Conventual deciden que Fray Martín sea hermano cooperador.

El 2 de junio de 1603 San Martín de Porres se consagra a Dios por su profesión religiosa. El P. Fernando Aragonés testificará: "Se ejercitaba en la caridad día y noche, curando enfermos, dando limosna a españoles, indios y negros, a todos quería, amaba y curaba con singular amor". La portería del convento es un reguero de soldados humildes, indios, mulatos, y negros; él solía repetir: "No hay gusto mayor que dar a los pobres".

San Martín de Porres es un amor desbordante y universal. Su hermana Juana disfruta de buena posición social, por lo que, en una finca de ésta, da cobijo a enfermos y pobres. Y en su patio acoge a perros, gatos y ratones.

Los religiosos de la Ciudad Virreinal van de sorpresa en sorpresa. El Superior le prohíbe realizar nada extraordinario sin su consentimiento. Un día, cuando regresaba al Convento, un albañil le grita al caer del andamio; el Santo le hace señas y corre a pedir permiso al superior, éste y el interesado quedan cautivados por su docilidad. Su vida termina en loor de multitudes el 3 de noviembre de 1639.

Más información en [biografía y espiritualidad de San Martín de Porres](#).

Vie
4
Nov
2016

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Hijos de la luz”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 17 – 4,1

Hermanos, sed imitadores míos y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros.

Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas; solo aspiran a cosas terrenas.

Nosotros, en cambio, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo.

Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérsele todo.

Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Salmo de hoy

Salmo 121, 1bc-2. 3-4ab 4cd-5 R/. Vamos alegres a la casa del Señor

¡Qué alegría cuando me dijeron:
«Vamos a la casa del Señor»!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén. R/.

Jerusalén está fundada
como ciudad bien compacta.
Allá suben las tribus,
las tribus del Señor. R/.

Según la costumbre de Israel,
a celebrar el nombre del Señor;
en ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 1-8

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:
«Un hombre rico tenía un administrador, a quien acusaron ante él de derrochar sus bienes.

Entonces lo llamó y le dijo:
“¿Qué es eso que estoy oyendo de ti? Dame cuenta de tu administración, porque en adelante no podrás seguir administrando”.

El administrador se puso a decir para sí:
“¿Qué voy a hacer, pues mi señor me quita la administración? Para cavar no tengo fuerzas; mendigar me da vergüenza. Ya sé lo que voy a hacer para que, cuando me echen de la administración, encuentre quien me reciba en su casa”.

Fue llamando uno a uno a los deudores de su amo y dijo al primero:
“¿Cuánto debes a mi amo?”.

Este respondió:
“Cien barriles de aceite».

Él le dijo:
«Toma tu recibo; aprisa, siéntate y escribe cincuenta”.

Luego dijo a otro:
“Y tú, ¿cuánto debes?”.

Él dijo:
“Cien fanegas de trigo”.

Le dice:
“Toma tu recibo y escribe ochenta”.

Y el amo alabó al administrador injusto, porque había actuado con astucia. Ciertamente, los hijos de este mundo son más astutos con su propia gente que los hijos de la luz».

Reflexión del Evangelio de hoy

Somos ciudadanos del cielo

San Pablo exhorta a los filipenses, poniéndose como ejemplo a sí mismo, a que se alejen de algunos, de “muchos”, que viven con dos notas negativas, alejándose del camino cristiano: “andan como enemigos de la cruz de Cristo” y “solo aspiran a cosas terrenas”. Todo buen seguidor de Jesús vive actitudes bien opuestas: “somos ciudadanos del cielo”. Es verdad, también de la tierra, pero nuestra verdadera ciudadanía es el cielo. En la tierra estamos de paso, y ciertamente es en ella donde debemos vivir como Jesús vivió, luchando, hasta morir en la cruz antes que callar y desdecirse de su mensaje salvador, por implantar el amor, la verdad, la honradez, la justicia, la fraternidad... sabiendo bien que nuestro destino definitivo y eterno es el cielo, donde “aguardamos un Salvador”, que nos hará disfrutar de la felicidad plena tan deseada: “Venid benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo”.

Los hijos del mundo... los hijos de la luz

Jesús, en esta parábola, alaba no la injusticia del administrador sino su sagacidad y su astucia para salir airoso del lío en que se había metido. Y como sabe que con frecuencia “los hijos de este mundo son más astutos con su gente que los hijos de la luz”, nos anima a nosotros no a que seamos injustos sino a que seamos astutos y sagaces. Es decir, nos anima a que pongamos en juego todos nuestros talentos, todos nuestros recursos, empezando por nuestra inteligencia y nuestro corazón para que hagamos que los valores evangélicos, del amor, la verdad, la honradez, la justicia... triunfen sobre sus contrarios, esos que hacen sufrir tanto a tantas personas. Sigamos los pasos de Jesús y hagámosle caso.

¡Cuántos conflictos internacionales, cuántas tragedias familiares, cuántas heridas en las relaciones humanas se habrían evitado a lo largo de la historia de la humanidad de haber hecho caso a Jesús, de haber puesto a Dios, al amor, como a nuestro único Dios y Señor y no al dinero! “No se puede servir a Dios y al dinero”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Sáb
5
Nov
2016

Evangelio del día

[Trigésimo primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“No podéis servir a Dios y al dinero”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 4, 10-19

Hermanos:

Me alegré muchísimo en el Señor de que ahora, por fin, haya vuelto a florecer vuestro interés por mí; siempre lo habíais sentido, pero os faltaba la ocasión. Aunque ando escaso de recursos, no lo digo por eso; yo he aprendido a bastarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y abundancia. Estoy avezado en todo y para todo: a la hartura y al hambre, a la abundancia y a la privación. Todo lo puedo en aquel que me conforta. En todo caso, hicisteis bien en compartir mis tribulaciones. Vosotros, filipenses, sabéis además que, desde que salí de Macedonia y empecé la misión, ninguna iglesia, aparte de vosotros, me abrió una cuenta de haber y debe. Ya me mandasteis a Tesalónica, más de una vez, un subsidio para aliviar mi necesidad; no es que yo busque regalos, busco que los intereses se acumulen en vuestra cuenta. Tengo lo necesario, y me sobra. Estoy plenamente satisfecho habiendo recibido de Epafrodito vuestro donativo, que es suave olor, sacrificio aceptable y grato a Dios.

En pago, mi Dios proveerá a todas vuestras necesidades con magnificencia, conforme a su riqueza en Cristo Jesús.

Salmo de hoy

Salmo 111, 1b-2. 5-6. 8a y 9 R/. Dichoso quien teme al Señor

Dichoso quien teme al Señor
y ama de corazón sus mandatos.
Su linaje será poderoso en la tierra,
la descendencia del justo será bendita. R/.

Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos.
El justo jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo. R/.

Su corazón está seguro, sin temor.
Reparte limosna a los pobres;
su caridad dura por siempre
y alzará la frente con dignidad. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 9-15

En aquel tiempo, decía Jesús a sus discípulos:

«Ganaos amigos con el dinero de iniquidad, para que, cuando os falte, os reciban en las moradas eternas.

El que es fiel en lo poco, también en lo mucho es fiel; el que es injusto en lo poco, también en lo mucho es injusto.

Pues, si no fuisteis fieles en la riqueza injusta, ¿quién os confiará la verdadera? Si no fuisteis fieles en lo ajeno, ¿lo vuestro, quién os lo dará?

Ningún siervo puede servir a dos señores, porque, o bien aborrecerá a uno y amará al otro, o bien se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero».

Los fariseos, que eran amigos del dinero, estaban escuchando todo esto y se burlaban de él.

Y les dijo:

«Vosotros os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, pues lo que es sublime entre los hombres es abominable ante Dios».

Reflexión del Evangelio de hoy

Todo lo puedo en aquel que me conforta

Claro que Pablo agradece el apoyo económico que de la comunidad de Filipos recibe, pero, sobre todo, le llega al alma el hecho de que no le han olvidado y le quieren. Da la impresión que el apóstol delinea un perfil propio al modo estoico, pero está claro que su fuerza no proviene de principios de tal filosofía sino, bella confesión de parte, del Señor Jesús: es la causa de su fuerza y entusiasmo, la razón de su alegría y libertad de espíritu. Pablo, tan débil en ocasiones, se sabe muy fuerte porque el estímulo de su vital consistencia no es otro que aquel quien le llamó, Cristo el Señor. Además, no pierde la ocasión el apóstol para ponderar el buen estilo de aquellas comunidades que son solidarias con sus pastores; y por esta razón, bien contento que se manifiesta. Llama la atención la habilidad creyente para hacer del donativo que de los filipenses recibe un acto de culto, pues es interpretado como una oblación a Dios Padre de quien Pablo se estima fiel servidor. Y éste tendría que ser todo el ejercicio solidario que se desarrolla en las diversas comunidades, gesto que va más allá de la cuantía económica o de recursos que se comparta en cada ocasión. Pablo se ufana de ofrecernos este testimonio gracias a aquel que le llamó y de quien es testigo, Cristo Jesús.

No podéis servir a Dios y al dinero

Es conocida la incompatibilidad que Jesús establece entre Dios y el dinero, o mejor, entre el culto a la riqueza y el servicio al proyecto del Reino, programa humanizador de todos los hijos de Dios. No habla de cuantía de riqueza, sino de recursos que ganan la atención de cada persona, donde ponemos el corazón. También le preocupa el que nos acompañe el tino a la hora de administrar dichos recursos. El texto, además, nos regala una sencilla paradoja. Servir a Dios es gozar de la propia libertad personal y sentirnos capaces de fraternidad en gestos concretos y cercanos; servir al dinero es franca dependencia, por no decir servidumbre, que nos deshumaniza y, si esto fuera poco, pervierte nuestra relación con los hermanos y con Dios. Dios Padre, desde el camino de Jesús de Nazaret, nunca se tornará en un ídolo absurdo y despersonalizador; por el contrario, el dinero sí tiene entidad sobrada para, al menor descuido, esclavizar a la persona haciéndola incapaz de Dios y de los hermanos. Desafío el de la Palabra de hoy para que cada uno mire su corazón y vea si está contaminado por el dinero o engrandecido por el amor; y, en cualquier caso, ¡qué hermosos son los corazones de los discípulos que se dedican a ser grandes en el amor saboreado en el servicio a los hermanos!

La solidaridad en nuestras comunidades ¿es ocasional o forma habitual de vivir la fraternidad?

Nuestros recursos, escasos o abundantes, ¿nos ayudan a servir mejor la causa del Reino?



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Dom

6 Nov

Homilía de XXXII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2015 - 2016 - (Ciclo C)

“Para Dios todos están vivos”

Introducción

Avanza el mes de noviembre, que comenzó con la fiesta de todos los santos, y continuó con la memoria agradecida de nuestros fieles difuntos. En muchos lugares y comunidades cristianas a este mes otoñal le da sentido el recuerdo de aquellos que ya se fueron de este mundo, así como la oración por ellos. Algunas imágenes de nuestra cultura actual son caricaturas tenebrosas de esta experiencia humana que nos desconcierta. En el horizonte se nos impone una reflexión mayor, más profunda: ¿Cuál es el final que nos espera? ¿Qué hay al cruzar el umbral de esta tierra? ¿Por qué, qué sentido tienen la muerte y la vida?

Después de tantos siglos de pensamiento filosófico o teológico, estas grandes cuestiones, y otras muchas, siguen en el aire. La muerte nos sitúa ante una realidad mayor, un más allá que nos desborda, y que nos pide una palabra a lo que vivimos –y cómo lo vivimos- en el presente.

La tradición cristiana tiene una respuesta desde la fe: “creemos en la resurrección de los muertos”. La liturgia de este domingo nos recuerda cómo el antiguo Israel fue dando pasos en su comprensión de esta realidad, y cómo Jesús la supera desde la madurez de su fe. Será su Palabra, pero sobre todo su propia Resurrección, la que nos ayude a nosotros a disfrutar de esta respuesta para seguir ofreciéndola al mundo.



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del segundo libro de los Macabeos 7, 1-2. 9-14

En aquellos días, sucedió que arrestaron a siete hermanos con su madre. El rey los hizo azotar con látigos y nervios para forzarlos a comer carne de cerdo, prohibida por la ley. Uno de ellos habló en nombre de los demás: «Qué pretendes sacar de nosotros? Estamos dispuestos a morir antes que quebrantar la ley de nuestros padres». El segundo, estando a punto de morir, dijo: «Tú, malvado, nos arrancas la vida presente; pero, cuando hayamos muerto por su ley, el Rey del universo nos resucitará para una vida eterna». Después se burlaron del tercero. Cuando le pidieron que sacara la lengua, lo hizo enseguida y presentó las manos con gran valor. Y habló dignamente: «Del Cielo las recibí y por sus leyes las desprecio; espero recobrarlas del mismo Dios». El rey y su corte se asombraron del valor con que el joven despreciaba los tormentos. Cuando murió este, torturaron de modo semejante al cuarto. Y, cuando estaba a punto de morir, dijo: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se tiene la esperanza de que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida».

Salmo

Salmo 16, 1. 5-6. 8b y 15 R. Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.

Señor, escucha mi apelación, atiende a mis clamores, presta oído a mi súplica, que en mis labios no hay engaño. R/. Mis pies estuvieron firmes en tus caminos, y no vacilaron mis pasos. Yo te invoco porque tú me respondes, Dios mío; inclina el oído y escucha mis palabras. R/. Guárdame como a las niñas de tus ojos, a la sombra de tus alas escóndeme. Yo con mi apelación vengo a tu presencia, y al despertar me saciaré de tu semblante. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses 2, 16 – 3, 5

Hermanos: Que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y nos ha regalado un consuelo eterno y una esperanza dichosa, consuele vuestros corazones y os dé fuerza para toda clase de palabras y obras buenas. Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada, como lo fue entre vosotros, y para que nos veamos libres de la gente perversa y malvada, porque la fe no es de todos. El Señor, que es fiel, os dará fuerzas y os librará del Maligno. En cuanto a vosotros, estamos seguros en el Señor de que ya cumplís y seguiréis cumpliendo todo lo que os hemos mandado. Que el Señor dirija vuestros corazones hacia el amor de Dios y la paciencia en Cristo.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 20, 27-38

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús: «Maestro, Moisés nos dejó escrito: “Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y de descendencia a su hermano . Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer». Jesús les dijo: «En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob”. No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Pautas para la homilía

Vale la pena morir a manos de los hombres cuando se espera que Dios mismo nos resucitará

Sucedió en el s. II a.C. El episodio del martirio de toda una familia judía piadosa nos lleva a tomar conciencia de cómo se sigue repitiendo este hecho. A pesar de los siglos transcurridos ha sido una constante en la Historia. El testimonio de los mártires nos invita a superar la instintiva fijación en los medios, en el dolor, en la situación injusta. Lo que verdaderamente es una provocación es el sentido que ellos le dan a su muerte, aceptada en todos los casos. Se puede morir por accidente, por enfermedad o de forma trágica. Pero también se puede morir entregando la vida por un bien mayor. Y esto, siempre, cuestiona.

Quizás la vida tenga más valor que “pasarla”. Quizás valga más el sentido que le damos a la existencia, que el cuerpo que nos contiene, las relaciones o influencias sociales que nos mueven, o la Historia y sus vaivenes. Esto es lo que realmente merece ser pensado: ¿Qué vale más que la vida? ¿Por qué o por

quien soy capaz de ponerla en juego?

Estamos dispuestos a morir

Muerte y vida están estrechamente ligadas. Dicen que se muere como se vive, no puede ser de otra forma. Y el final no se improvisa: podemos vivir con sentido, de acuerdo a un proyecto que elegimos y que nos marca. Cuando todo está ordenado así, cuando los golpes no desencajan ese horizonte vital deseado, entonces la muerte es más que un trágico final, impredecible y cruel. Puede convertirse en la guinda que corona una vida, el silencio final que hace comprender toda la partitura que ha estado sonando. No es la frustración de un proyecto, sino su culminación final. Eso no significa que deje de ser una experiencia de dolor, y que en ocasiones nos “rompe” interiormente... Es una realidad que forma parte de nuestra antropología, de la condición humana. Porque hemos dado sentido a la vida, nuestra muerte tiene también una palabra que decir cuando llega el silencio final... ¿Cómo elijo vivir el presente para darle sentido al futuro?

Al despertar me saciaré de tu semblante

No se habla hoy de eternidad. Todo es contingente, limitado, de “usar y tirar”. Vivimos un mundo de estímulos y respuestas inmediatas, donde todo se convierte en frágil y las palabras pierden su sentido más eterno. Hablar de algo “para siempre” es casi impensable. Lo eterno aburre, cansa, aprisiona. Y sin embargo, humanamente, nos centra lo que no pasa, lo que queda para siempre. ¿No será que en el fondo tenemos hambre de eternidad? Más que una utopía irrealizable o falsamente consoladora, es la promesa que Dios da a sus hijos: tú puedes vivir conmigo sin límites. Porque los límites nos rompen nuestros planes: el tiempo que se agota, los espacios que se acaban, los amores que se frustran, la salud que se pierde... Necesitamos anclar nuestra vida en una realidad que permanezca. ¿Cómo ofrecer a nuestro mundo respuesta a ese anhelo? La experiencia de Dios, eterno y fiel, sigue siendo un ofrecimiento para este deseo. Por la resurrección de Cristo somos llamados, invitados, atraídos a “lo que no se pasa”.

Dios nuestro Padre, que nos ha amado tanto

Lo que en el fondo la muerte pone en juego, lo que realmente nos cuestiona es lo que pasa con el amor. Las realidades contingentes sabemos que caducan, pero, ¿y lo que hay en nosotros de inmortal? Sí, la muerte toca a nuestra capacidad de amor, eso que intuimos que no se puede terminar. Ofrece una respuesta a nuestro amor (lo que hayas amado, en Cristo, no se termina sino que se plenifica) desde el amor. Porque al final, después de la última puerta, cuando todo parece oscuro, la fe nos dice que nos recibe el que es Amor, Dios mismo.

No tenemos muchas más certezas, pero Jesús nos ha iluminado sobre ello. El último tramo de la vida es el camino que lleva al Amor verdadero y pleno, es el gozo de experimentarlo sin límites ni contradicciones, sin velos ni heridas. Al final es sólo Dios, su misericordia y su ternura de Padre lo que se nos da como premio y como respuesta. Por eso, frente al amor, sólo se nos pide confianza...

Seguid cumpliendo todo lo que os hemos enseñado

Nos llegan continuamente imágenes distorsionadas de esta realidad que es profundamente humana. Algunas, de moda en el mundo juvenil; otras, por el cine o los medios de comunicación, nos presentan el pánico de la muerte o el hastío de la vida. Tan fea es la muerte que hay que alejarla de la realidad cotidiana. Nos distancian de esa experiencia vital humana, la disfrazan de tragedia y barbarie, con espíritu de burla y afán de comercio, y nos meten en una cultura del terror y lo oscuro. Y no es así. “Morir solo es morir”, “es cruzar una puerta a la deriva y encontrar lo que tanto se buscaba” “tener la paz, la luz, la casa juntas”, como escribió Martín Descalzo afrontando su final. ¿Y si volviésemos a una comprensión más humana, más sencilla, más natural y de confianza?

Cuando llegue la resurrección...

Jesús, en el pasaje del evangelio de hoy, no responde. Buscan, buscamos, respuestas casuísticas o fantasías para acercarnos a esta realidad. Pero la muerte nos enfrenta a una experiencia real, que requiere madurez humana y evangélica para ser abordada, y también para interpretarla. A la luz de la Palabra, de la confianza en el Dios que nos ama, la respuesta que se nos pide es de confianza. La doctrina de la Iglesia en este aspecto no entra en detalles de ningún tipo: es madura, vuelve a lo esencial y básico. Al final, más allá de imágenes, se pide una respuesta de fe.

No es Dios de muertos sino de vivos

El problema que el ser humano tiene quizás no sea su muerte, sino su vida, el modo de afrontarla. La propia y la ajena. El reto está en vivir, en hacerlo cada día con esperanza e ilusión, desde la entrega y el amor, gozando de este regalo único que se nos ha dado. Compartiéndola con otros, cuidando vidas que también nos pertenecen, haciéndonos responsables, maduros, solidarios. En Jesús de Nazaret tenemos no sólo el modelo del hombre que experimentó la resurrección final, sino de aquel que hizo de su existencia una vida con sentido y plenitud.



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Evangelio para niños

XXXII Domingo del tiempo ordinario - 6 de noviembre de 2016



La resurrección de los muertos

Lucas 20, 27-38

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: - Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete heramnos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella. Jesús les contestó: - En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahan, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos.

Explicación

Ante un grupo de saduceos que niegan la resurrección de los muertos, Jesús defendió la resurrección y la vida después de la muerte. Y lo hizo convencido de que su Padre Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Y vivas, junto a Dios, están todas las personas que amaron y con su amor dieron vida a los demás. A Jesús siempre le interesa la vida. La de ahora y la de después.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

1º.- Sabes lo que es una adivinanza, ¿verdad? Es un acertijo de palabras, una pregunta que te hace pensar. En ocasiones son divertidas. Las adivinanzas han existido desde el tiempo de Jesús. Quizás desde antes. Hoy vamos a escuchar una.

2º.- Un día se le acercó a Jesús un grupo de saduceos, líderes religiosos que no creían en la resurrección. Ellos intentaban que Jesús dijera que no existía la resurrección. Le pidieron que contestara la siguiente adivinanza diciendo:

1º.- "Maestro, Moisés nos enseñó en sus escritos que si un hombre muere y deja a la viuda sin hijos, el hermano de ese hombre tiene que casarse con la viuda para que su hermano tenga descendencia. Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin dejar hijos. Entonces el segundo y el tercero se casaron con ella, y así sucesivamente murieron los siete sin dejar hijos. Por último, murió también la mujer. Ahora bien, en la resurrección, ¿de quién será esposa esta mujer, ya que los siete estuvieron casados con ella?

2º.- El grupo de Saduceos se frotaba las manos de satisfacción. Y le decían a Jesús que les contestase: A ver, responde, responde ... Escuchad la contestación de Jesús:

1º.- "El matrimonio es para las personas aquí en la tierra. Pero cuando llegue el momento, aquellos que resuciten no estarán casados ni se casarán, ni tampoco podrán morir, pues serán como los ángeles. Vivirán por siempre porque son hijos de Dios."

2º.- Jesús añadió:

1º.- "Moisés mismo nos da a entender que los muertos resucitan, pues llama al Señor "el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob". Él no es Dios de muertos, sino de vivos.

2.- Después que Jesús sabiamente contestó su adivinanza, nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Tú y yo sabemos que Jesús nos prometió que si le amamos y confiamos en Él viviremos para siempre con Él. ¿No crees que es triste que haya personas que no creen en la resurrección y que hay vida eterna en el cielo?

Amado Padre, estamos felices hoy porque nos has prometido una vida eterna en el cielo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández